

«La excepción suiza»

DANIEL MAGGETTI

EN la idea del gran público la historia de Suiza parte de una manzana, la que en 1291 Guillermo Tell, el intrépido héroe nacional helvético, no dudó en poner sobre la cabeza de su propio hijo antes de traspasarla con una certera flecha bajo la mirada asombrada de Gessler, el cruel bayle austriaco. Si bien el carácter legendario del personaje y del episodio han sido denunciados desde el siglo XIX, el mensaje que ambos transmiten ha superado la prueba del examen historiográfico: identificada con las regiones alpinas del borde del lago de los Cuatro Cantones, Suiza aparece como la patria de la democracia y la libertad, dotada de apéndices como la neutralidad y el respeto por los particularismos. Identidad inmemorial, compartida y en cierto modo practicada por el conjunto de un pequeño país encerrado entre sus montañas, que parecen constituir, a la escala del paisaje, el cuadro natural más conforme con las virtudes democráticas.

Esta imagen de Suiza, con o sin Guillermo Tell, ha sido retomada, comentada o transmitida, por numerosos textos, especialmente en el extranjero; pero las creencias sobre las que se asienta son también aquellas con las que los mismos suizos se han identificado mejor. Unas creencias poderosas, si se juzga a partir de las reacciones que ha suscitado en estos últimos años la revelación de varios asuntos¹ que podrían dañarlas. Pero ¿cuáles son los fundamentos de esta fe? ¿de cuándo viene? ¿cuáles son las bases sobre las que ha podido afirmarse? Para el historiador que cuestiona quisiéramos aportar algunos elementos de respuesta, o, al menos, plantear algunas indicaciones útiles para comprender mejor el contexto en el que Suiza se ha fabricado una identidad nacional.

¹ El último cronológicamente, y también uno de los de más amplia repercusión, es el de los bienes judíos.

UN ESTADO RECIENTE

Suiza, tal como la conocemos hoy, es el fruto de la Revolución francesa y de sus consecuencias. La invasión de 1798 por los ejércitos del Directorio puso fin a la antigua Confederación de los Trece Cantones. Ésta, germanófona, existía desde el siglo XVI; reunía poblaciones montañosas y comunidades dirigidas por oligarquías urbanas. Su disolución desembocó en la proclamación de una República helvética centralizada. En 1803, después de años de desorden, Napoleón había restablecido, por el Acta de Mediación, una estructura federal, dotada de un poder central y compuesta por diecinueve cantones que gozaban de las mismas prerrogativas. De ahí la admisión plena de territorios que antes tenían un estatus de simple aliado (como los Grisones) o de súbdito (como el País de Vaud, posesión de Berna, o el Ticino itálofono, bailía que era compartida por varios cantones). Los límites territoriales que siguen todavía siendo los del país fueron fijados por el Tratado de París (1814) y por el Congreso de Viena: no es hasta 1815, por ejemplo, cuando se produce la incorporación de los cantones francófonos de Ginebra y Neuchâtel², así como del cantón bilingüe de Valais. Reconocidos como plenamente soberanos por el Pacto Federal de 1815, los cantones gozan de una muy gran autonomía a lo largo de toda la primera mitad del siglo. En ese tiempo, Suiza no tiene ni gobierno, ni parlamento, ni capital; los sistemas de pesos y medidas varían de una región a otra; numerosas aduanas interiores constituyen tantas otras trabas para la circulación de bienes y personas; la libertad de residencia de los ciudadanos fuera de su cantón es extremadamente limitada, por no decir nula; la creación de un ejército federal (1818) o de otras estructuras institucionales mínimas es una excepción, y el supuesto órgano central que es la Dieta, en realidad es una especie de reunión de embajadores que defiende, cada uno de ellos, los intereses de su cantón.

Quimérica antes de las revoluciones de 1830, la idea de un verdadero gobierno nacional acompaña el ascenso en los cantones de los liberales, y luego de los radicales, y de modo paulatino se convierte en una utopía realizable; pero no se transforma en realidad concreta hasta 1848, después de quince años de luchas en-

² Este cantón, principado prusiano hasta la Revolución, conservará, por otra parte, un estatus híbrido: su independencia de Prusia no se logrará de forma plena hasta 1857, después de que una insurrección realista, en 1856, constituyera una seria amenaza para el equilibrio helvético.

tre progresistas y conservadores, y porque la exacerbación de los antagonismos confesionales enciende la pólvora. La guerra civil del Sonderbund (1847), suscitada por la formación de una alianza separada por parte de siete cantones católicos, descontentos con las medidas anticlericales tomadas por los radicales, marca el punto de ruptura del antiguo sistema: en unas semanas el ejército federal, puesto bajo las órdenes del general Guillaume-Henri Dufour, que será más tarde uno de los fundadores de la Cruz Roja, obliga a deponer las armas a los separatistas. Si se ha evitado lo peor, en adelante será evidente la necesidad de una constitución federal.

Esta constitución, rápidamente elaborada y aceptada en votación popular por una mayoría de cantones (quince y medio) en julio-agosto de 1848, es en muchos aspectos un modelo para la época³. Entre las medidas que puso en vigor, señalemos la generalización del sufragio universal, la creación de un Parlamento federal (que elige al Consejo federal, órgano ejecutivo), la libertad de residencia para los confederados, la unificación de la moneda, la armonización del sistema postal y el de los pesos y medidas... Esta tardía transición desde la Confederación de Estados soberanos, todavía llena de reflejos heredados del Antiguo Régimen, al Estado federal, tetralingüe, biconfesional, que gestiona a las minorías, es el verdadero acto de nacimiento de la Suiza moderna: y es sobre los principios adoptados en 1848 sobre los que se ha edificado el país actual, como lo han recordado a la población numerosas manifestaciones que han señalado, en 1998, el ciento cincuenta aniversario de la Helvecia nueva⁴.

LA SUIZA CONSTRUIDA: LA MIRADA EXTRANJERA

Gracias a la metamorfosis democrática de 1848 Suiza se parece al fin, políticamente al menos, a la imagen que el mundo se hace de ella, desde hace aproximadamente un siglo. Ya que, hecho paradójico, la mirada que sobre ella tienen los extranjeros es la que, en primer término, ha cristalizado en una cierta idea del país.

Poco conocida hasta finales del siglo xvii, el hecho es que Suiza se convierte, a lo largo del siglo xviii, en un objetivo privilegiado de

³ La Constitución federal de 1848 ha conocido revisiones parciales, especialmente en 1874; pero hasta la actualidad ha seguido siendo la base de la organización política suiza.

⁴ Para una presentación detallada y problematizada de estas cuestiones enviamos a los tomos II y III de la *Nouvelle histoire de la Suisse et des Suisses*, obra colectiva, Lausana, Payot, 1983.

viaje. Tras la revocación del edicto de Nantes, los emigrados que son acogidos en ella comienzan a dibujar un cuadro de Helvecia como tierra de refugio: primera inversión de la Suiza guerrera, poblada de hombres valientes pero patanes, que descansaba sobre una representación que databa de hacía más de doscientos años y que era debida a la importancia del mercenariado, sobre todo durante las guerras de Italia.

Este cambio de perspectiva se combina con otros factores, de naturaleza diversa, que concurren conjuntamente a transformar la imagen del país a los ojos de las *élites* europeas. En el terreno estético, la reacción al hegemónico clasicismo francés, viva sobre todo en Inglaterra, desemboca en la afirmación de una nueva categoría, lo sublime, que los viajeros británicos verán encarnada en los elementos del paisaje de montaña: precipicios, glaciares, cascadas, avalanchas. La actitud empirista, que caracteriza a la filosofía de las Luces, lleva a la exploración de los Alpes, descuidados hasta entonces, con el fin de ampliar el terreno de investigación de las ciencias naturales. Pero en un continente marcado por el crecimiento de las ciudades, los principios del centralismo administrativo, el desarrollo de la industria, es sobre todo en el plano de la búsqueda política y social en el que Suiza juega el papel compensatorio que transformará su imagen: los europeos, a la búsqueda de un modelo humano cercano a esa simplicidad que entonces se cree primitiva, pensando que ha sido desnaturalizada por la civilización, proyectan sobre las comunidades helvéticas el fantasma, pleno de reminiscencias antiguas, que llevan consigo. Descrita como poblada por pastores libres y próximos a la naturaleza, Suiza se convierte en la tierra bendita del retorno a los felices orígenes. Supervivencia de la Arcadia perdida, en muchos sentidos juega un papel análogo al de los lugares exóticos, a la vez horizonte de huida y refugio protegido; pero también su organización interna se relaciona con frecuencia con la de las ciudades antiguas. La descripción de la «Landsgemeinde»⁵, al igual que la evocación de los episodios «históricos» elegidos (como el Juramento de los Tres Suizos sobre la pradera de Grütli⁶, o las escenas de las batallas de Morgarten y de Sempach⁷) al reenviar a

⁵ En los cantones rurales, la Landsgemeinde era la asamblea de todos los ciudadanos que poseían derechos políticos. Órgano soberano de la comunidad, se reunía en principio una vez al año; decidía la guerra, la paz, los tratados, era competente para legislar, elegía a los funcionarios, etc. Son raros los cantones que la han mantenido hasta la actualidad.

⁶ Este legendario juramento, ocurrido durante el verano de 1291 a orillas del lago de los Cuatro Cantones, habría constituido el inicio de la alianza de los confederados contra los austriacos.

⁷ La primera de 1315, la segunda de 1386.

los gloriosos comienzos de la Confederación, acentúan más aún la asimilación explícita con el modelo de la Grecia democrática. En suma, mucho antes de la Revolución francesa, que transformará a los «súbditos» en «ciudadanos», y que hará del conjunto de éstos un «pueblo» que constituye una «nación», Suiza ofrece a los europeos un marco imaginario sobre el que esta evolución, percibida como deseable, ya se habría producido, estando, de alguna forma, *naturalmente* asociada a este espacio.

Las obras de Jean-Jacques Rousseau, «ciudadano de Ginebra», ciudad aliada de los Trece Cantones, han contribuido enormemente a la propagación de este verdadero y complejo «mito suizo», en el que Claude Reichler percibe la contra-imagen de la cultura moderna en gestación, y como la representación inversa de una civilización, la de las Luces, habitada por el cosmopolitismo y el progresismo⁸. El autor de la *Carta a d'Alembert* no es, sin embargo, más que un ejemplo entre otros de un discurso que estaba de moda, cuya actualidad se traduce especialmente en el espectacular aumento del número de narraciones de viajes a Suiza⁹, pero también en la popularización de Guillermo Tell¹⁰ o en la intensa circulación de representaciones de lugares y de pintorescas escenas helvéticas.

EN LOS ORÍGENES DEL NACIONALISMO SUIZO: EL HELVETISMO

En esta mitificación de Suiza, cuya escala, como vemos, es europea, también participan los helvecios, en especial con investigaciones llevadas en el seno de movimientos que, como la «Sociedad Helvética», son asimilables a Academias, o bien a través de publicaciones notables, rápidamente traducidas y abundantemente difundidas, tales como el poema *Die Alpen* del sabio bernés Albrecht von Haller (1708-1777) o los *Idylles* de zuriqués Salomon Gessner (1730-1788)¹¹. Alabando las cualidades de la vida alpina y dibujando Suiza como un lugar de excepción, estas contribuciones no difieren de aquellas que proliferan por entonces en

⁸ Claude Reichler, «La bibliothèque des voyageurs», en *Histoire de la littérature en Suisse romande*, publicada bajo la dirección de Roger Francillon, Lausana, Payot, 1996, t. I, págs. 243-253.

⁹ A este propósito, véase la antología comentada elaborada por Claude Reichler y Roland Ruffieux, *Le Voyage en Suisse*, París, Laffont, 1997.

¹⁰ La célebre tragedia de Schiller data de 1804; héroe romántico ideal, Guillermo Tell inspirará en 1829 una ópera a Rossini.

¹¹ En el campo científico señalemos también los *Voyages dans les Alpes* (1779-1796) del ginebrino Horace-Bénédict de Saussure (1740-1799).

Francia, en Alemania o en Inglaterra. A partir de fines del siglo XVIII, sin embargo, la afirmación progresiva de un sentimiento que podría calificarse, con Eric Hobsbawm, como «protonacionalista»¹², corre pareja con el ascenso del movimiento que se ha denominado como helvetismo, al que la historiografía suiza ha consagrado numerosos estudios.

Las interpretaciones que se han dado de este fenómeno cultural son muy variables: primer crisol del «alma suiza» para algunos, es considerado por otros como una forma de respuesta a los discursos sobre la realidad nacional, planteados desde fuera de ésta. Lo que es seguro en cualquier caso es que, a fin de cuentas, el helvetismo se elabora en un vasto repertorio, y en una amplia reserva, de representaciones suizas conformes y de «origen controlado»: sus promotores, entre los que se encuentra, entre los francófonos, el pastor polígrafo Philippe-Sirice Bridel¹³, reaccionan contra lo que califican como «la invasión extranjera», y reivindican para los suizos solos el derecho de describir su país y de evocar su historia. A sus ojos, sólo son los habitantes del territorio quienes tienen el justo sentido del paisaje y la competencia para comprender las instituciones y la vida cotidiana suizas, en la medida en que comparten la misma naturaleza de estas manifestaciones. Se trata por tanto de una forma de apropiación que se dobla con mecanismos de exclusión: los helvetistas tratan de descalificar las aportaciones dadas desde el exterior tachándolas de ilegítimas, y de sustituirlas por contribuciones locales que, por el milagro de determinismos geohistóricos, están automáticamente grabadas con el sello de la autenticidad.

Esta estrategia de recuperación va a intensificarse, a medida que, en las diferentes partes de Europa, y especialmente en Alemania con Herder, se ponen en marcha sistemas intelectuales que elaboran un marco susceptible de pensar los particularismos, y que proporcionan sus bases a los nacionalismos. La primera singularidad de los helvetistas, y luego del patriotismo suizo, es que no tienen que poner en pie, ni que construir, un universo de representaciones, no tienen que dar vida y dar cuerpo a un imagi-

¹² A este propósito ver, especialmente, *Nations et nationalisme depuis 1780* (1990), traducción francesa Paris, Gallimard, 1992, en especial págs. 61 y sigs. Existe traducción española (ed. Crítica, Barcelona, 1991).

¹³ Philippe-Sirice Bridel, conocido como el Decano Bridel (1757-1845) ha contribuido a popularizar la «materia suiza» gracias sobre todo a una publicación anual, las *Etrennes helvétiques* (que se convertirán más tarde en el *Conservateur Suisse*), que reúnen narraciones históricas y legendarias, anécdotas, descripciones pintorescas, elementos etnológicos y arqueológicos, así como poemas patrióticos.

nario nacional suministrador de identidad. En efecto, dichas representaciones ya preexisten, y su eficacia simbólica no tiene que demostrarse ya. El desafío de los helvetistas es conseguir probar con hechos objetivos, recolectados, presentados y comentados por los confederados, lo que los otros (los extranjeros) han visto de excepcional en Suiza, disipando, de paso, las pocas sombras que, desdichadamente, se hubieran sembrado sobre este cuadro idílico.

«SONDERFALL SCHWEIZ»: UN CASO DE EXCEPCIÓN Y SUS FACETAS

La identidad suiza ha comenzado, por tanto, a formarse a través del trabajo de apropiación y de rectificación que constituye uno de sus cimientos, porque reúne en un solo esfuerzo a los representantes de las *élites* nacionales. No obstante, a medida que los nacionalismos europeos se refuerzan y se instalan, la precariedad de la posición helvética se muestra más claramente, en la medida en que los criterios de definición dominantes no pueden aplicarse a Suiza: ¿cómo justificar su existencia en tanto que nación, cuando sobre su territorio se reúnen poblaciones tan diferentes por la lengua, el origen, la religión, la historia, y que, por uno u otro de estos factores, se vinculan a poderosos estados vecinos? Hemos recordado más arriba la fragilidad de los lazos intercantonales e intercomunitarios; ¿qué discurso ha podido, antes incluso de la Constitución de 1848, paliar antagonismos y disparidades y convencer a los suizos de su pertenencia a un mismo organismo?

Es, en primer lugar, una secuela, o un reajuste, de la «excepción suiza», lo que ha permitido este logro. Después de haber sido designados, de forma repetida y recurrente, como seres aparte, que viven en un país que no tiene igual, los suizos no solamente aceptan esta idea, sino que tratan de producir argumentos que la vuelvan plausible. La singularidad helvética, fuente permanente de asombro, es interpretada desde entonces como el signo de una necesidad: si un país tan extraño, tan diferente a los demás, porque es siempre así cómo se le percibe, existe, si ha atravesado los siglos, es que *tenía que existir*, que una voluntad superior ha velado por su destino. El «caso excepcional» (*Sonderfall*) es, por tanto, una realización providencial: lo que explica también por qué la «tierra bendita» conoce, desde hace siglos, condiciones de paz y de prosperidad sin igual, a salvo de las guerras y los desórdenes que han sacudido a Europa¹⁴. En esta perspectiva, la neutra-

¹⁴ ¡Estas afirmaciones son evidentemente propias del mito, y no deben ser tomadas como verdades históricas!

lidad no es ya el resultado de un proceso histórico complejo, en el que se mezclan una parte de oportunismo y una parte de coacción, sino la marca distintiva de una elección. Elegida por Dios para encarnar una entidad sin par, Suiza habría sido igualmente investida por él de una misión de arbitraje internacional, de lo que serían pruebas, por otra parte, tanto su situación geográfica —«en la encrucijada de las naciones»— como su composición étnica —mezclando latinos y germanos—, ambas sometidas asimismo a una lectura dirigida. En el contexto de la Europa del siglo XIX los territorios nacionales son más agriamente reivindicados, con un amplio apoyo en teorías que toman prestada la retórica de la cientificidad para justificar, por ejemplo, las «fronteras naturales». Los suizos, por su parte, tratan de adaptar este tipo de discurso; que, como presupone la existencia de la nación como cuerpo entero, con sus miembros armoniosamente reunidos, con un único y vibrante corazón, se revela como difícilmente aplicable a su realidad... A menos que se apele a Dios y a su autoridad, como hemos subrayado, o que se proceda a útiles simplificaciones: así, es corriente, por ejemplo, hacer coincidir Suiza y los Alpes, para garantizar al país una base geográfica indiscutible, y para hacer valer también la influencia del *medio* (clima y hábitos montañoses) sobre el sistema de organización política, ¡forzosamente republicano, vistos estos antecedentes!

Estas últimas tentativas aspiran, de hecho, a la *naturalización* de una situación que es el resultado de un largo proceso histórico, con frecuencia azaroso y nunca absolutamente seguro, como la guerra del Sonderbund ha venido a recordar justo a mitad de siglo. Naturalización que es la otra cara del discurso del *Sonderfall Schweiz*: uno y otro cimentan la identidad nacional instituyendo una forma de denegación de la historia, ya sea comprendida como la prolongación lógica y previsible de factores geográficos, ya sea como la continuación de etapas «dispuestas» por la Providencia para llegar al resultado que se había prefijado, es decir, la Suiza moderna¹⁵. En el siglo XIX, este «compromiso» providencial adoptará los rasgos de quien terminará por ser el patrón de Suiza, Nicolás de Flüe (1417-1487), soldado y campesino de Unterwald, convertido en eremita, cuya intervención en el Acuerdo de Stans,

¹⁵ No es extraño, vistas estas representaciones, que la identidad nacional suiza se presente acompañada por un sentimiento de superioridad moral sobre los otros países; esta superioridad, que sería el reflejo de su elección por Dios, tendría como escudo la neutralidad, e implicaría, como deber, las misiones humanitarias y diplomáticas. Se comprende entonces que la historia reciente, al revelar que Suiza es... un país como los otros, haya provocado un choque dolorosamente sentido por un amplio sector de la opinión.

en 1487, impidió el estallido de la Confederación primitiva. Este hombre santo (canonizado en 1947, después de que volviera a proteger a su país en el curso de las dos guerras mundiales...) aparece como la prueba viviente del hecho de que la existencia de Suiza responde a los designios de Dios, de quien, evidentemente, ha sido el enviado¹⁶.

UNA ACLIMATACIÓN PROGRESIVA

Hemos señalado que los mitos de identidad suizos han podido afirmarse, al imponerse como referencias a los teóricos de la élite helvética, gracias al hecho de que en cierto modo habían sido «puestos a punto» por la mirada de los visitantes extranjeros. Esta mirada también ha tenido un papel capital en lo que se puede denominar como uniformización de Suiza: atendiendo escasa o nualmente a las profundas disparidades que de hecho existen en el seno de la Confederación, los viajeros sometieron a un mismo discurso a cada una de sus regiones y proyectaron las mismas previsiones para cada parte del país. Esta «homogeneización», que a veces ha sido tomada a mal por los helvetistas más puntillosos, no ha dejado por ello de ejercer una gran influencia al contrarrestar el movimiento centrífugo de los particularismos federales: porque las tomas de postura canónicas sobre Suiza, desde las de John Moore o de William Coxe a las de Victor Hugo o Alejandro Dumas¹⁷, están siempre presentes, como en una filigrana, en el trasfondo de las declaraciones que los mismos suizos hacen en cuanto a su propio país. Como ya hemos recordado, la elaboración de un haz de creencias nacionales no es una invención *ex nihilo*, sino una reactivación, o una corrección, de imágenes ya construidas, y en cierto modo «garantizadas» por la autoridad simbólica de aquéllos que las han emitido.

Retomadas por su cuenta por las *élites* helvéticas, estas representaciones se van a convertir en la base de la identidad nacional suiza, gracias a la puesta en marcha de instituciones y lugares que van a expandirlas y popularizarlas. Su fuerza y su eficacia pueden deducirse del hecho de que logran imponerse en ausencia de estructuras centralizadas (recordemos que, en Suiza, los campos de

¹⁶ Para un recorrido de conjunto de las mitologías que han presidido a la formación de la identidad nacional suiza ver, entre otros, André Reszler, *Mythes et identité de la Suisse*, Ginebra, Georg. 1986, y la obra colectiva *Erfundene Schweiz/La Suisse imaginée*, publicada bajo la dirección de Guy P. Marchal y Aram Mattioli, Zurich, Chronos Verlag, 1992.

¹⁷ Sobre estos textos y autores ver *Le Voyage en Suisse*, ob. cit., *passim*.

la educación y de la cultura son y, en lo esencial siguen siendo, competencia de los cantones).

Mediante la enseñanza en todos los niveles, pero también gracias a las anécdotas sembradas en los discursos políticos, en los llamamientos y en los análisis de la prensa, gracias al nacimiento y la propagación de una imaginería, una literatura, una canción popular que trata de los helvéticos, se va a ir constituyendo una cultura suiza, por encima de las fronteras de los cantones, de las regiones lingüísticas, de las barreras confesionales. Gracias a este proceso se franquea una importante etapa en la formación de una identidad nacional, entendida, tal como la ha definido Claude Reichler, como «una red de mediaciones simbólicas a través de las cuales los sujetos se reconocen, se prueban como participantes en una significación colectiva singular, anclada en la historia y la geografía»¹⁸. Al insistir sistemáticamente sobre lo exiguo de Suiza —el adjetivo «pequeña» acompaña de forma automática su evocación—, los patriotas de esta época no solo defienden una postura opuesta¹⁹ a la de los discursos nacionalistas de su entorno, cuyo tono es claramente conquistador; tratan también de hacer coincidir el «pequeño» país —a la escala del pueblo, de la región o del cantón- y la Confederación, o al menos de reducir al máximo la distancia entre los dos universos, de manera que se facilite la proyección a escala nacional del sentimiento existencial que lleva a cada individuo a identificarse con sus orígenes.

Este intenso trabajo colectivo es llevado a cabo, ya lo hemos señalado, por las *élites* suizas que, como un buen relevo, aseguran la transmisión de los elementos clave constituyentes de los mitos fundadores que han sido heredados por ellas y de los cuales se han apropiado. Estos esfuerzos, desarrollados especialmente en el seno de sociedades (de estudiantes, gimnásticas, de cantón...) darán sus frutos: entre 1848 y el final del siglo las bases de la Confederación se refuerzan, según un movimiento que, por una parte, acentúa los lazos simbólicos que unen a las distintas comunidades, pero que garantiza, por otra, los derechos de los cantones y de las minorías. El enfrentamiento franco-alemán de 1870 dará ocasión para reflexionar de nuevo sobre la naturaleza de ese pacto federal al que se adhieren poblaciones de cultura diferente;

¹⁸ Claude Reichler, «La réserve du symbolique», *Les Temps modernes*, núm. 550, 1992, pág. 90.

¹⁹ La ausencia de reivindicaciones territoriales o de veleidades expansionistas, limitadas a casos excepcionales, en particular después del reparto de Saboya entre el Imperio francés y el Reino de Italia, deriva del mito del *Sonderfall Schweiz*: querida así por la Providencia, la Confederación no sabría modificarse, bajo pena de infringir las reglas (divinas) que han presidido su formación.

entre otros, el célebre historiador francés Ernest Renan, que no admite la anexión de Alsacia por parte del Imperio alemán y alaba, a propósito de esto, el «caso suizo», el de un país que ha sabido, por la voluntad y la fidelidad a un principio, superar las lógicas nacionalistas de la raza y la lengua. La revisión de la Constitución, en 1874, introduce importantes novedades, especialmente el referéndum legislativo; pero no toca a los principios de equilibrio adquiridos en 1848. Por tanto, en 1891, los suizos festejarán conjuntamente los seiscientos años de la Confederación; y en 1896, con ocasión de la Exposición nacional de Ginebra, podrán también mostrarse, a sí mismos, y a los visitantes venidos del extranjero, bajo la forma idealizada de un «pueblo suizo» en miniatura, que acumula clichés y kitsch, la imagen del país en la que han terminado por reconocerse.

EL IDILIO ALPINO Y LOS PASTORES DE GRÜTLI

Un paisaje y figuras simbólicas legendarias: es a eso a lo que, a fin de cuentas, conduce la creencia en la «excepción suiza». Reducida a las montañas, a los apacibles chalets, a las gamuzas y los edelweis que se encuentran sobre ciertas partes de su territorio, Suiza es una tarjeta postal intemporal, que no es rozada ni por la industrialización, ni por el progreso técnico, la urbanización o las catástrofes de la historia. Estas «verdades», desmentidas (salvo la última, y ni siquiera...) por el análisis histórico, que da cuenta de las profundas transformaciones acaecidas en el siglo XIX, prolongan la imagen de una tierra bendecida, perfecto refugio para los nostálgicos de un orden inmutable. Inmutable tanto para la naturaleza como para el hombre, y para el ciudadano: «Suiza ordeña su vaca y vive en paz» constataba Victor Hugo, y son numerosos los helvéticos dispuestos a seguirle los pasos.

En lo que se refiere a su historia, este país excepcional, después de haber adquirido una estabilidad política, tiene más bien tendencia, como hemos recordado, a correr un velo sobre el período contemporáneo y sobre los siglos más próximos, prefiriendo recurrir a figuras legendarias, acampadas en un brumoso y lejano pasado. Incluso si el fenómeno se explica por la fortuna internacional de las mitologías suizas, la adopción de Guillermo Tell y de los valerosos camaradas en la Confederación sigue siendo algo curioso. Porque estos «antepasados» son, como mucho, los de algunos cantones, los «primitivos» de la Suiza central²⁰, y no pueden

²⁰ Hay que señalar que la importante inversión simbólica de los cantones que han estado en el origen del primer pacto federal va a la par (y compensa) el evidente debilitamiento de su papel político, especialmente después de 1815: poco

concernir históricamente a otras regiones, cuya condición, en la Edad Media, no tenía nada en común con la de los territorios situados al pie del San Gotardo, puesto que gravitaban bajo otras esferas de influencia, especialmente las de los duques de Milán o los condes de Saboya. Por tanto, y gracias a las virtudes de la fabricación simbólica, se puede ver cómo, por ejemplo, en el siglo XIX, patriotas del cantón de Vaud cantan la gesta de la victoria de los confederados sobre Carlos el Temerario, cuando su país había combatido al lado del duque de Borgoña, o, también, cómo los tesineses italófonos cantan los méritos de esos suizos de los que, hasta la Revolución, fueron súbditos mudos y sin derechos.... ¿Extrañas amnesias? Lo que muestran en todo caso de forma quizás más evidente de lo que ocurre en otros contextos, es hasta qué punto la escritura de una historia nacional se acomoda con lagunas, inversiones, incluso manipulaciones. Pero, de otro modo ¿cómo habría podido autoconvencerse, y persuadir al mundo, de la verdad de la fórmula que Denis de Rougemont utilizará todavía como título de un ensayo publicado en 1965, *Suiza, o la historia de un pueblo feliz?*

Traducción: CARMEN LÓPEZ ALONSO

Daniel Maggeti es Profesor de *Literature suisse-romande* en la Facultad de Letras de la Universidad de Lausanne. Es autor de *L'invention de la littérature romande* (1995) y ha publicado también obras de carácter literario como *La mort, les anges, la poussière* (1995) y *Chambre 112* (1997). Es además director de la revista *Écriture*, dedicada a la literatura en lengua francesa.

poblados, debilmente industrializados, católicos, además, se encuentran con frecuencia en posición de minoría, y su influencia sobre las orientaciones tomadas por el país es de las más limitadas.